

que se agosta con los fervores estivales, o que se sume, y seca, ante cualquier especie de vendaval.

El recordaba, hace años, en un orgullo que no consta en su autobiografía, y que tituló «Guadalupe, rica esmeralda de la corona de Alfonso IX» cómo había trabajado con singular seriedad, por los años 1909 y 1910, el benemérito deán de Plasencia D. Eugenio Escobar Prieto, el cartulario guadalupense de Alfonso XI. Y de paso indicaba de dónde procedían sus fervores guadalupenses, que no amañaron con los años, ni se consumieron con las dificultades.

En la confección de aquella obra magna, una entre las muchas del ilustre deán placentino, que antes había sido arcipreste de la catedral de Coria, le había ayudado, como amanuenses, Juan Antonio Muñoz Gallardo, que por entonces estudiaba en el seminario de Plasencia, aunque terminaría sus estudios en el diocesano de Badajoz, y otro gran amigo, y gran sacerdote de Don Benito, D. Manuel Calderón Martín.

Se explica que, bebiendo desde la juventud en hontanares tan limpios, y arrimándose para colaborar con tan expertos y acreditados maestros, no podía Muñoz Gallardo abdicar de su condición de escritor guadalupense a lo largo de toda su vida.

Villanueva de la Serena, primero al cumplirse los 50 años del sacerdocio de Muñoz Gallardo, y después, apenas fallecido, quiso honrar debidamente a quien ha sido su hijo, su sacerdote, y su historiador por antonomasia. Sin establecer categorías en los afanes guadalupenses, quede por lo menos escrito el testimonio que incluye a Juan Antonio Muñoz Gallardo entre los escritores guadalupenses del siglo XX.

**Francisco FERNANDEZ SERRANO**

Canónigo de la S. I. Metropolitana de Zaragoza



## LA SEMILLA DE LA VIDA MUERE

Ahora mismo que la semilla de la vida muere,  
muere en los corazones de tantos millones,

¿Cómo podía yo estar triste,  
triste como una isla abandonada,  
o un pueblo,  
o un mundo,  
el universo en un llanto,  
sintiendo el hambre en el alma,  
cómo podría yo estar triste?

La semilla de la vida muere,  
mueren de hambre, los pobres,  
tantos millones de hambre mueren,  
no en un día ni en cinco,  
ni en un año ni en cinco años,  
sino en siglos, en siglos  
del hambre, tantos millones,  
tantos millones, ¡tantos!

¿Cómo podría yo estar triste  
como una isla abandonada,  
o un pueblo,  
o un mundo — — —  
el universo en un llanto?

Steven S. Sles,

Valencia (España).